

CLÁSICOS
A MEDIDA

Aventuras de Huckleberry Finn

Mark Twain

Adaptación de Lourdes Íñiguez Barrena
Ilustraciones de Carles Arbat

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de
Aventuras de Huckleberry Finn, existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya, así como en nuestra página web.

www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice
y notas: Lourdes Íñiguez Barrena, 2010
© De la ilustración: Carles Arbat, 2010
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2010
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2010

ISBN: 978-84-667-8537-2
Depósito legal: Bi. 139/2010
Impreso en GRAFO, S. A.
48970 Ariz-Basauri (Vizcaya)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas
por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*,
del año 1999

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones
por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Introducción	5
CAPÍTULO I. Ser civilizado	17
CAPÍTULO II. Sobre brujas y piratas	21
CAPÍTULO III. La lámpara de latón	27
CAPÍTULO IV. Huellas en la nieve	31
CAPÍTULO V. Un escondite seguro	37
CAPÍTULO VI. Hacia la isla de Jackson	43
CAPÍTULO VII. Un encuentro inesperado	47
CAPÍTULO VIII. La piel de serpiente	51
CAPÍTULO IX. Del hilo a la aguja	55
CAPÍTULO X. Bandidos de carne y hueso	59
CAPÍTULO XI. Una lección de historia	67
CAPÍTULO XII. Cerca de la libertad	71
CAPÍTULO XIII. Un verdadero hogar	77
CAPÍTULO XIV. Una lucha entre familias	83
CAPÍTULO XV. Amor más fuerte que el odio	87
CAPÍTULO XVI. Una extraña pareja	91
CAPÍTULO XVII. El sermón del bosque	97
CAPÍTULO XVIII. ¡Arriba el telón!	103
CAPÍTULO XIX. Diálogo de pistolas	107
CAPÍTULO XX. Reyes sin realeza	111

CAPÍTULO XXI. Vuelta a la esclavitud	117
CAPÍTULO XXII. La tía Sally	123
CAPÍTULO XXIII. Un plan muy simple	129
CAPÍTULO XXIV. Un amigo anónimo	135
CAPÍTULO XXV. Tom está herido	141
CAPÍTULO XXVI. El fugitivo era libre	149
ÚLTIMO CAPÍTULO. Y queda una de indios	155
Apéndice	157



Introducción

Huck Finn sigue con sus aventuras

Nos disponemos a leer una de las obras más importantes de la literatura norteamericana, e incluso, podríamos decir, universal: *Aventuras de Huckleberry Finn*, escrita por Mark Twain y publicada en 1884 como continuación de *Las aventuras de Tom Sawyer*, que había aparecido en 1876.

En efecto, el propio protagonista, Huck, que es quien narra la historia, nos dice en las primeras líneas de su libro que, para saber algo de él, hay que haber leído *Las aventuras de Tom Sawyer*, donde nuestro personaje aparece como el compañero de este, y además hace esa aclaración en el título: *Aventuras de Huckleberry Finn (el compañero de Tom Sawyer)*. Desde luego, en ambos libros aparecen los dos personajes, pero en el que nos ocupa Huck se convertirá en el auténtico héroe de sus peripecias, superando, como veremos, a Tom Sawyer.

Dado el éxito arrollador que *Las aventuras de Tom Sawyer* obtuvo entre el público juvenil, Mark Twain decidió tomarlo como base de *Aventuras de Huckleberry Finn*. Sin embargo, este libro, que es menos infantil y festivo que el anterior, es mucho más profundo, y quizá por eso, al principio, no tuvo el éxito del primero. Sin embargo, ha acabado siendo reconocido como uno de los pilares de la literatura norteamericana moderna, tal como lo confirman estas palabras del Premio Nobel Ernest Hemingway: «Toda la literatura moderna estadounidense parte de un libro escrito por Mark Twain llamado *Huckleberry Finn*. Desde entonces no ha habido nada tan bueno».

La Edad de Oro de la literatura estadounidense

La segunda mitad del siglo XIX supone un gran esplendor cultural en Estados Unidos; por eso, se la conoce como la Edad de Oro de la literatura estadounidense. Desgajada de la literatura inglesa, varios autores brillan con nombre propio, entre ellos: Edgar Allan Poe, durante el Romanticismo, y, ya en el Realismo, Herman Melville, con *Moby Dick* (1851), y Mark Twain, con *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y, sobre todo, con *Aventuras de Huckleberry Finn* (1884).

No podemos dejar de mencionar una obra que nos parece esencial como precedente de la que tenemos en las manos: *La cabaña del tío Tom* (1852), de la escritora Harriet Beecher Stowe, que obtuvo un resonante éxito y que localiza los hechos narrados en las plantaciones de algodón que se encontraban entre los ríos Mississippi y Ohio, es decir, en los mismos lugares que retrata Mark Twain y en los que él mismo vivió durante su infancia y juventud.

Realidad y ficción

En el Prefacio de *Las aventuras de Tom Sawyer*, Mark Twain nos dice que los dos personajes protagonistas, Tom y Huck, existieron realmente, pero que no están basados en un solo individuo, sino en varios. En cuanto a las aventuras narradas, según las palabras del autor, también sucedieron en la realidad y, es más, algunas fueron vividas por él mismo.

Igualmente verdaderas en su mayoría, con algunas exageraciones y algo de ficción, hemos de considerar *Aventuras de Huckleberry Finn*. De hecho, todo el entorno social y el ambiente en que se desarrolla la obra corresponden al río Mississippi, concretamente al estado de Missouri (de donde era Mark Twain), a orillas del gran río que, en aquella época de los años 1830 a 1840, marcaba la frontera entre el Este conocido y el Oeste por conocer de los Estados Unidos. Este es el tiempo y el lugar del que él nos habla. Pero ¿qué ocurre en el país en esos momentos?

Si echamos una rápida ojeada histórica, entre 1830 y 1890 Norteamérica conoce una etapa de expansión social, económica y cultural. La población pasa de diez millones de habitantes a más de treinta, debido a la gran cantidad de emigrantes que, huyendo de la miseria de Europa y con ansias de descubrir nuevos horizontes, llegan hasta California, recién conquistada en 1848, en busca de prosperidad y riqueza. Entre esos millones de personas se encuentra también el propio Mark Twain. A su vez, la extensión de las líneas de ferrocarril hasta aquellas tierras vírgenes y sin explotar propicia la creación de nuevas ciudades.

Desde el punto de vista económico, el norte de los Estados Unidos, industrial y progresista, compite con el agrícola y tradicional Sur. Sin embargo, aunque durante años ha estado abasteciéndose de sus productos, tras la llamada guerra de Sece-

sión, el Norte acaba imponiéndose de manos del presidente Abraham Lincoln. Esta sangrienta guerra civil, que enfrentó a los abolicionistas estados del Norte con los esclavistas confederados del Sur, se desarrolló entre 1861 y 1865 y, entre otras cosas, trajo consigo la abolición, por decreto, de la esclavitud de más de cuatro millones de negros sureños, que fueron declarados ciudadanos con los mismos derechos que los blancos, incluido el del voto. No obstante, este gran avance en la ley tardó algunos años en pasar a ser una realidad.

Este es el mundo real en el que se basa la obra que nos ocupa. Como podremos ver, Mark Twain ambienta *Aventuras de Huckleberry Finn* antes de la guerra de Secesión, cuando todavía la esclavitud estaba vigente en los estados del Sur. Este es uno de los temas claves del libro, que se nos presenta, además, como una «novela de viaje», el que emprende el protagonista a lo largo del río Mississippi, y también como una «novela de iniciación» o aprendizaje, el que obtiene Huck de las experiencias vividas y del contacto con nuevas gentes; en especial, con el otro gran protagonista de la obra, el negro fugitivo Jim.

En este sentido, Huck, el personaje principal, se va a convertir en el hilo conductor que le va a permitir a él —y, de paso, a nosotros— acercarse y observar la forma de ser y de vivir de un buen número de personas y, gracias a ello, enriquecer su conocimiento del mundo —y también el nuestro—. De este modo, la obra se convierte en un auténtico mosaico social de su época.

Pero no creamos que por eso se cierran las puertas a la fantasía. Tom Sawyer, con su baúl de referencias literarias, y Huck Finn van a saber introducir, de manera casi siempre muy divertida, la literatura en la historia y la historia en la literatura, entrecruzando los episodios realistas o verosímiles con anécdoto-

tas, cuentos, leyendas, historias y personajes ficticios, hasta crear un relato variopinto donde se mezclan la realidad y la imaginación, la razón y los sentimientos, las risas y las lágrimas, la ironía y la amargura, exactamente igual que en la vida real. Aquí radica la grandiosidad de esta obra, que supera su época y se convierte en una novela moderna.

Esta edición

La primera vez que *Aventuras de Huckleberry Finn* se tradujo al castellano fue en 1923, catorce años después que *Las aventuras de Tom Sawyer*.

La versión que nosotros presentamos aquí es una traducción y adaptación para el público juvenil de la obra original en inglés. No está, por tanto, íntegra, pero sí se ha mantenido su esencia, tanto en lo que se refiere a su contenido como a su forma. No obstante, hemos de decir que, aunque Mark Twain recoge, en el texto original, los dialectos y las distintas formas de habla de la zona de Missouri, estas, naturalmente, se han perdido con la traducción, pero, eso sí, se han mantenido la espontaneidad y la frescura del habla coloquial propias de las situaciones y los personajes de esta obra.



Aventuras de Huckleberry Finn

(El compañero de Tom Sawyer)

AVISO

Las personas que intenten encontrar un motivo en esta narración serán perseguidas; las personas que intenten encontrar un fin moral en ella serán desterradas; las personas que intenten encontrar un argumento en ella serán fusiladas.

Por orden del autor,

Jefe de Intendencia.

Ser civilizado



Vosotros no sabéis nada de mí, a menos que hayáis leído *Las aventuras de Tom Sawyer*. Ese libro fue escrito por el señor Mark Twain, y la mayor parte de lo que contó es verdad, aunque hubo cosas que varió, pero eso no importa. Nunca he visto a nadie que no mienta alguna vez, excepto la tía Polly —la tía de Tom— o la viuda Douglas, o quizá Mary.

Ese libro termina así: Tom y yo encontramos el dinero que los ladrones habían escondido en la cueva y nos hicimos ricos. Recibimos seis mil dólares¹ cada uno... Entonces, el juez Thatcher los metió en el banco a interés y nos rentaba a cada uno un dólar al día durante todo el año. Era tanto que uno no sabía qué hacer con él.

La viuda Douglas me adoptó como hijo y se propuso civilizarme, pero era tan duro vivir en la casa todo el tiempo, tenien-

¹ *Dólar*: moneda de Estados Unidos, que está dividida en cien centavos.

do en cuenta lo honesta, aburrida y ordenada que era que, cuando no pude soportarlo más, me fui. Me coloqué mis viejos harapos y mi sombrero de paja y volví a dormir en mi barril de ron, y me sentí libre y feliz. Pero Tom Sawyer fue a buscarme y me dijo que iba a crear una banda de ladrones, a la que yo podría unirme si volvía con la viuda y me hacía una persona respetable. Así que regresé.

Al verme, la viuda se me echó encima llorando y me llamó «pobre corderito perdido» y cosas similares. Me obligó a ponerme ropa nueva que me hacía sudar y me molestaba. Y otra vez empezó a pasar lo mismo. La viuda tocaba la campanilla para cenar, y tenías que acudir inmediatamente. Cuando te sentabas, no podías empezar a comer; había que esperar a que ella bajase la cabeza y murmurase unas palabras. Después de la cena, cogía su libro y me explicaba cosas de Moisés. Al principio me gustaba escucharlas, pero un día se le escapó que Moisés había muerto hacía mucho tiempo, así que ya dejó de interesarme, porque yo no siento ninguna curiosidad por los muertos.

Su hermana, la señorita Watson, una vieja flaca y solterona que llevaba gafas, vino a vivir con ella y todos los días se sentaba conmigo a enseñarme a leer durante una hora, que se me hacía interminable. Me decía: «No pongas ahí los pies, Huckleberry» y «Siéntate derecho, Huckleberry» y «No bosteces ni te despereces así, Huckleberry, ¿por qué no intentas comportarte como es debido?». Después, me hablaba del infierno, que era un sitio muy malo, y del cielo, que es donde ella iría y donde lo único que se hacía era pasarse el día cantando y tocando el arpa. Pero yo no veía ninguna ventaja en ir a donde fuera ella; así que decidí no intentar ganarme el cielo.

Un día en que todo el mundo se había ido a la cama ya, yo me sentía tan solo y triste en mi habitación que casi

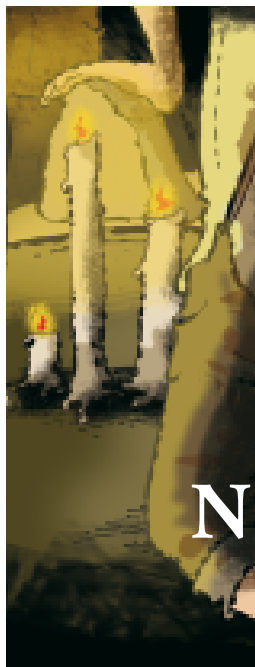


deseaba estar muerto. Las estrellas brillaban y las hojas de los árboles gemían de manera muy lastimera; un búho chillaba porque alguien había muerto y un perro ladraba anunciando que alguien iba a morir; el viento intentaba susurrarme algo secreto, pero yo no podía entender qué.

Al poco rato, un escalofrío me recorrió el cuerpo, cuando creí oír el ruido que hacen los fantasmas que no pueden descansar en sus tumbas. Después, una araña subía por mi hombro, le di un golpetazo y fue a caer en la vela, y, rápidamente, se achicharró. No necesitaba que nadie me dijera que aquello me traería mala suerte, de modo que me levanté y di tres vueltas sobre mis propios pasos, haciendo la señal de la cruz sobre mi pecho; después, até un mechón de mi cabello con un hilo para ahuyentar a las brujas. Pasó mucho tiempo y oí que el reloj del pueblo daba las doce; todo siguió en silencio, más silencio que nunca.

De pronto, escuché el crujido de una ramita al partirse entre los árboles y un leve «¡miau, miau!» allá abajo. «¡Estupendo!», me dije, y salté de la cama contestando con otro suave «¡miau!». Abrí la ventana y bajé al cobertizo. Luego, me metí a gatas entre los árboles y, por supuesto, allí estaba Tom Sawyer, esperándome.

Sobre brujas y piratas



Nos fuimos caminando de puntillas por un sendero entre los árboles hasta donde terminaba el jardín de la viuda. Al pasar por delante de la cocina, tropecé con una raíz e hice ruido; nos quedamos quietos y agachados.

El negro grande de la señorita Watson, llamado Jim, estaba sentado en la puerta de la cocina; podíamos verlo bien porque estaba iluminada. Él se levantó y estiró el cuello y estuvo escuchando durante un minuto. Luego dijo:

—¿Quién está ahí?

Escuchó un rato y, después, vino hasta colocarse exactamente entre nosotros dos; casi podríamos haberlo tocado con la mano. Me empezó a picar un tobillo, y la oreja, y la espalda, pero no me rasqué. Después, Jim dijo:

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? Juraría que he oído algo... Bueno, pues ya sé lo que voy a hacer: me sentaré aquí hasta que lo oiga otra vez.

Y se sentó en el suelo entre Tom y yo, apoyando la espalda contra un árbol. Entonces, comenzó a picarme la nariz, hasta saltárase las lágrimas. Ahora me picaba en once sitios distintos a la vez. Creía que no iba a poder resistirlo más, pero, en ese momento, Jim empezó a roncar y yo me quedé tranquilo otra vez.

Tom me hizo una señal, y fuimos arrastrándonos a gatas. Cuando ya estábamos a unos diez pies¹ de allí, Tom pensó que sería divertido gastarle una broma a Jim: quería atarlo al árbol. Le dije que no, porque se podía despertar y armar jaleo, y se descubriría que yo no estaba en mi cuarto.

Entonces, Tom dijo que necesitábamos velas y que iríamos a la cocina a por ellas; yo no quería, pero a él no le importaba arriesgarse; así que fuimos y Tom dejó cinco centavos en la mesa como pago de las tres velas que cogimos. Al salir, yo iba nervioso, pero Tom se volvió y fue andando a cuatro patas hasta donde estaba Jim para gastarle la broma. Le esperé un buen rato.

Por fin, tan pronto como nos vimos ya en la colina, al otro lado de la casa, Tom me dijo que le había quitado el sombrero a Jim y lo había colgado de una rama, sobre su cabeza.

Más tarde, Jim contaría que las brujas lo habían hechizado y que, tras llevarlo volando por todo el Estado, lo habían sentado bajo los árboles de nuevo y habían colgado su sombrero de una rama. La siguiente vez que lo contó, dijo que lo habían llevado hasta Nueva Orleans, y, cada vez que volvía a contarlo, alargaba más y más el viaje hasta asegurar que lo habían llevado volando por todo el mundo.

¹ *Pie*: medida anglosajona de longitud que equivale a 33 centímetros. Otras que aparecerán más adelante son la *milla*, que mide 1.600 metros si es terrestre y 1.852 si es marina; la *yarda*, que mide 91,5 centímetros; y la *pulgada*, que mide 2,54 centímetros.

Jim estaba muy orgulloso de su experiencia, y venían negros desde muchas millas para escuchar aquellas maravillas. Los negros se pasan la vida hablando de brujas, en la oscuridad, junto al fogón.

Desde entonces, Jim siempre llevaba aquella moneda de cinco centavos cogida al cuello con una cuerda y explicaba que era un amuleto que le había dado el mismo diablo, y que podía curar con él a cualquiera y también convocar a las brujas cuando quisiera, recitando un conjuro; pero jamás dijo cuáles eran las palabras que tenía que decir. Después de haber visto al diablo y haber volado con las brujas, Jim se había vuelto tan engreído que estaba claro que ya no podía seguir siendo criado.

Cuando Tom y yo llegamos al pueblo, nos encontramos con Joe Harper, Ben Rogers y dos o tres chicos más. Desamarramos una canoa y la llevamos río abajo dos millas y media, y allí desembarcamos.

Fuimos hacia unos arbustos, Tom hizo jurar a cada uno que mantendría el secreto y después les enseñó la entrada de una cueva en la pared de roca de la colina. Encendimos las velas y nos arrastramos por un pasadizo hasta una especie de sala fría y húmeda, y allí nos quedamos. Tom dijo:

—Aquí es donde vamos a crear la banda de Tom Sawyer. Todos los que quieran formar parte de ella tendrán que hacer un juramento y firmarlo con sangre.

Como todos estaban dispuestos, Tom sacó una hoja de papel donde había escrito el juramento, que dijo haber tomado de libros de piratas y de ladrones, y explicó que cualquier banda que se preciara debía tenerlo. Lo leyó y, después, todos se clavaron un alfiler en un dedo para poder firmar con sangre. Yo también hice mi marca en el papel.



—Bueno —dijo Ben Rogers—. ¿Y a qué se va a dedicar nuestra banda?

—Al robo y al asesinato —contestó Tom.

—Pero ¿qué vamos a robar? ¿Casas o ganado o...?

—¡Ni hablar! —dijo Tom—. Robar ganado y esas cosas no es robar, es saquear. Eso no tiene elegancia. Nosotros no somos cuatrer², somos bandoleros, o sea, salteadores de caminos: asaltamos las diligencias y los carruajes, con las caras tapadas, y matamos a la gente, y cogemos sus relojes y su dinero.

—¿Tendremos que matar siempre a la gente?

—Sí. Es lo mejor. Salvo a algunos, que los traeremos a la cueva y los esconderemos hasta que sean rescatados.

—¿Rescatados? ¿Qué es eso?

—No lo sé, pero lo he visto en los libros, y eso es lo que haremos.

—Pero ¿cómo podemos hacer una cosa que no sabemos lo que es?

—¡Maldita sea! Tenemos que hacerlo. ¿No os he dicho que está en los libros? ¿O es que queréis hacerlo de otro modo y enredarlo todo?

—¡Vale! No me importa, pero yo digo que es cosa de tontos. Y di, ¿vamos a matar también a las mujeres?

—¡A ver! Ben Rogers, ¿cómo puedes ser tan ignorante? ¿Matar a las mujeres? Nadie ha visto jamás tal cosa en los libros. Se traen a la cueva y siempre se es cortés con ellas, y después se enamoran de uno y ya no se quieren marchar.

—Bueno, siendo así, estoy de acuerdo. Aunque creo que muy pronto tendremos la cueva tan abarrotada con esas muje-

² *Cuatrero*: ladrón de ganado o caballos, esto es, de animales de cuatro patas, de ahí su nombre.

res y los tipos que esperan ser rescatados que no habrá sitio para los ladrones.

Ben Rogers añadió que él no podía salir mucho, solo los domingos, y por eso prefería empezar al siguiente domingo, pero a los otros chicos les pareció que no sería correcto robar en domingo. Así que quedamos en reunirnos tan pronto como pudiéramos para fijar el día. Y volvimos a casa.

Trepé hasta la ventana de mi habitación justo cuando amanecía. Mis ropas nuevas estaban llenas de barro, y yo, muerto de cansancio.